
El movimiento del espacio de aprendizaje

Diego López
Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas

Resumen:

A partir de la experiencia del autor en un taller dedicado a que los alumnos de la Facultad de Gestión y Alta Dirección desarrollen habilidades comunicativas, en este artículo se propone la necesidad de repensar la disposición convencional del espacio de aprendizaje. El autor cuestiona la estaticidad de la disposición en el aula y cómo esta termina por convertirse en un requisito para el desarrollo de una clase universitaria. De esta manera se explora una concepción del aprendizaje dinámica tanto a nivel mental así como también corporal y espacial.

Palabras claves:

Expresión vocal, expresión corporal, habilidades comunicativas

Motivado por las experiencias de exposiciones de mis alumnos de los cursos de Ética de la Gestión, y Desarrollo y Responsabilidad Social (cursos que tenía a mi cargo en la Facultad de Gestión y Alta Dirección de la Universidad Católica del Perú), cuyo contenido, en repetidas ocasiones, no lograba transmitirse completamente, propuse a la Facultad un taller para que los alumnos de la Especialidad mejoras en sus habilidades comunicativas básicas, pensando en su desempeño académico y, sobre todo, en su futuro-laboral y profesional.

Considerando diversas características fundamentales de la comunicación interpersonal, como el volumen de la voz, la claridad de la vocalización, el enfoque de la mirada, la gestualidad, la postura corporal, el uso de jerga y muletillas, la construcción de frases, y la proyección de la personalidad; el taller se concentró en cuatro aspectos que resumían estos y otros puntos básicos de la comunicación: el uso de la voz, la corporalidad, el estilo personal y el uso del lenguaje. Los objetivos principales del taller eran entrenar a los alumnos en el reconocimiento de sus características comunicativas más frecuentes, y brindarles las herramientas suficientes para poder transformarlas en ciertas situaciones en las que estas no fuesen las más apropiadas para transmitir un mensaje y llegar a sus interlocutores.

Por ejemplo, si un puesto de trabajo implica transmitir constantemente indicaciones a un conjunto de personas, quizás no sea muy adecuado que el volumen de voz sea bajo, ni que la mirada evite el contacto con estas personas que y mucho menos que el lenguaje sea informal. A pesar de que, por las particularidades de la historia personal del emisor, se hayan establecido en él dichas características (es decir, que sean parte de su estilo personal), no parece conveniente utilizarlas en el espacio laboral, si espera que el mensaje llegue con precisión a sus interlocutores. Es decir, las necesidades relativas al espacio de trabajo sugieren la transformación de algunos aspectos de nuestra personalidad en pro de una correcta transmisión del mensaje.

Esto, por supuesto, no significaba que el taller buscara transformar la personalidad de los participantes. No se pretendía darles pautas a los alumnos para convertirse en personas extrovertidas, decididas, “seguras”, o con personalidad de liderazgo.

Los primeros tres puntos (uso de la voz, corporalidad y estilo personal) los abordaba desde mi experiencia y formación teatral a través de ejercicios y dinámicas teatrales, destinadas en la formación del actor, a desarrollar sus habilidades de transformación y acción en el escenario; mientras que el cuarto aspecto (uso del lenguaje), estaba más ligado a mi formación en humanidades.

Las sesiones solían darse en un salón bastante amplio de la Universidad, el mismo que, como el resto de aulas, estaba destinado a clases convencionales. Esto suponía una tarea previa al inicio de las sesiones: mover y apilar las mesas y sillas del salón en el entorno del mismo. La necesidad de trabajar en un espacio vacío, o al menos, algo más liberado de los objetos usuales de aula, resultaba bastante obvia para mí, ya que estaba habituado a las clases de teatro; pero no lo era para las personas de la Facultad a quienes les solicité este requerimiento, de modo que, en repetidas ocasiones, tuve que encargarme con el grupo de alumnos de realizar esta tarea, y dedicábamos unos minutos a acondicionar el espacio de trabajo (lo cual, como veremos más adelante, constituye una actividad positiva para nuestra propuesta).

Luego de anunciar los objetivos de la sesión (ligados a los cuatro aspectos arriba mencionados), el trabajo estaba dirigido a activar el cuerpo, la voz y la personalidad de los alumnos, a partir de ejercicios que los disponían a utilizar el espacio de una manera ágil, lúdica, y sobre todo, distinta a la manera habitual en que ellos recibían una clase en ese tipo de espacios. Así, de acuerdo a los objetivos de las dinámicas, alumnas y alumnos corrían, saltaban, rodaban por el piso, bailaban, gritaban, y hasta imitaban animales. Estas actividades definían el modo en que se disponía el espacio, su uso y los objetos que en él se encontraban, es decir, el espacio de clase se transformaba a partir de las necesidades del trabajo propuesto en ella.

Puede resultar evidente que las necesidades de formación en cada disciplina demanden sus propios espacios de trabajo. Esto es claro, por ejemplo, en disciplinas como el teatro, la danza o las artes marciales, que suelen darse en espacios vacíos; también en las artes plásticas, musicales y circenses, que, además de un espacio amplio, requieren de objetos y estructuras específicas para el tipo de trabajo que estén desarrollando. Por su parte, los deportes son mucho más estrictos aún en sus necesidades espaciales y en el uso de objetos, pues el entrenamiento que reciben está destinado a preparar al deportista para una actividad que se desarrollará en un espacio cuyas dimensiones y condiciones materiales están detalladamente reglamentadas en función de la realización de las competencias.

Sin embargo, en el ámbito universitario y escolar, las clases de materias que no están ligadas a las disciplinas recién mencionadas o similares (que no trabajan directamente con el cuerpo), son impartidas en espacios que suelen tener las mismas características: un cuarto en cuyo extremo se ubica el profesor con una pizarra de fondo (y cada vez más, una pantalla), y frente a él, los alumnos sentados en carpetas o mesas, ubicadas en filas. En este escenario, el profesor es el único que tiene la oportunidad de moverse en función de la presentación de los contenidos de su clase; mientras que los alumnos deben limitarse a mantenerse sentados y a escuchar la clase en silencio. Quebrar estas dos últimas condiciones, de acuerdo a la rigidez del contexto académico en que nos ubiquemos, puede ser entendido como una falta de respeto a los componentes de dicho contexto, y en particular, al profesor.

La disposición espacial recién mencionada, tiene por supuesto, un sentido puntual: que los alumnos mantengan la atención sobre la clase. No discutiremos en este comentario la pertinencia de esa apreciación, pues no corresponde a nuestro objetivo y es materia de un análisis, más bien, de corte científico. La pregunta que quisiéramos abrir aquí, quizás sea más bien, parte de una reflexión pedagógica, y apunta al porqué esa disposición se ha establecido como un requisito para el desarrollo de una clase universitaria; o en todo caso, se trata de una discusión epistemológica, que gira en torno a la pregunta de por qué hemos asociado la idea de inamovilidad a la posibilidad del conocimiento, como si la aprehensión del conocimiento, en cualquier de los sentidos que este pueda entenderse, no supusiese siempre un movimiento del pensamiento. Algunos más simples, otros más complejos, pero siempre se trata de procesos en los que algún conocimiento nuevo llega a establecerse en la mente.

En relación a esta última idea, podríamos pensar en una dinámica de clase en que la disposición del espacio, el uso y la existencia de objetos dependan de las necesidades comunicativas del profesor, de los alumnos, de los contenidos del curso y de las variables que pudiesen acordarse en un espacio de aprendizaje (como en la experiencia del taller arriba descrito y de las actividades enumeradas). Algunas personas dedicadas a la docencia tienen algunas iniciativas ligadas a esta propuesta, como por ejemplo, disponer las carpetas en círculo, o formar grupos de trabajo con las mismas. En algunos casos, es una disposición frecuente; en otros, eventual. Pero claramente existe en ellos un intento de disponer la posición y la mirada de los alumnos y del profesor, de manera que puedan generarse otras dinámicas de aprendizaje en el aula.

La propuesta de disponer los espacios de aprendizaje de una manera móvil en función de la necesidad de generar nuevas dinámicas de comunicación y transmisión de conocimientos podría pensarse, como en los ejemplos recién puestos, en función al uso del espacio y la disposición de los objetos, pero también cambiando los objetos clásicos de aula (como carpetas, cuadernos y lapiceros) por otros que puedan servir de apoyo y recopilación de datos (cojines, alfombras, cuadernos de dibujo, crayolas, plastilina, cámaras fotográficas, etc.). Las posibilidades, por supuesto, son infinitas y las variables diversas: además de las mencionadas, podríamos pensar en variar la disposición del espacio y sus objetos durante el mismo transcurso de la clase, en simplemente quitarlos y permitir el movimiento de los estudiantes dentro del espacio vacío, e incluso dejar el aula y adaptar la clase a espacios no necesariamente destinados al aprendizaje. No nos dedicaremos aquí a hacer una lista de recomendaciones (que de hecho, no poseemos), sino simplemente, como ya señalamos, pretendemos a abrir la pregunta por una renovación móvil y radical del espacio, y la reflexión que esta interrogante pueda generar.

Además, a esto se le suma el hecho de que las disposiciones de un espacio definido por su movilidad amplían las posibilidades de movimiento tanto del profesor como de los estudiantes, lo cual nos conecta con las variables comunicativas mencionadas al inicio (uso de la voz, corporalidad, estilo personal y uso del lenguaje). Así, el resultado esperado de este movimiento del espacio es que el cuerpo también se disponga a las posibilidades del conocimiento de una manera más dinámica, al no estar condicionado por un sitio único desde el cual su rol sea fundamentalmente de espectador. En un espacio dispuesto de una manera más móvil, aunque se trate de una variante simple (como colocar las carpetas en círculo), la voz, la corporalidad, la gestualidad y la personalidad del estudiante, tienen la posibilidad de proyectarse en el espacio de modos que tal vez no había imaginado antes. El dinamismo corporal sugerido al estudiante por el movimiento del espacio puede disponer su mente a seguir los procesos de adquisición de conocimientos propuestos por el profesor de una manera más fluida y, sobre todo, acorde con la dinámica que posee el proceso de aprehensión de una idea nueva.

El movimiento del espacio de aprendizaje y con él de los objetos de aula y de los participantes de la experiencia de la clase constituye una vía de exploración en torno al modo en que puede darse el conocimiento de una manera específica, una vía realmente ligada a las particularidades de la disciplina que se trabaje en el curso. Esta especificidad requiere desligarnos de la estaticidad del espacio clásico de trabajo en clase, asumida tácitamente por la estructura académica de la vida universitaria y, por supuesto, por los profesores, alumnos y autoridades de este ámbito. La estaticidad del espacio, por las razones que hemos expuesto, lleva también, a una inmovilidad del cuerpo y a un olvido del mismo, entendido como una herramienta receptiva fundamental en toda experiencia de aprendizaje. Así, esta propuesta es una manera de asumir el aprendizaje como una experiencia dinámica, no solo a nivel mental, sino también corporal y espacial. Es también en ese sentido una manera de revalorar el lugar del cuerpo y la atención que este merece, en toda actividad académica y en la vida universitaria en general.

Volviendo a mi experiencia en el Taller de Habilidades Comunicativas, recuerdo que un compañero profesor decía que yo tenía la tarea más difícil dentro de la Facultad de Gestión, la de “darle cuerpo a los estudiantes”. Yo agregaría que la tarea era darle movilidad y proyección al cuerpo del estudiante en el espacio, lo cual solo se logra si el espacio está dispuesto de una manera dinámica y acorde con las necesidades comunicativas del curso.

En todo caso, la discusión está abierta, y le corresponde al ámbito de la pedagogía explorar las variables que correspondan para poder ser utilizadas por las diversas materias universitarias.